

ciudad de estatuas presas

Háblanos un poco acerca de los relatos del libro.

El escritor debe rescatar las historias que ilustran su época. Esas que le suceden a cualquiera por la calle y que después se cuentan durante diez, veinte años, sin que pierdan el brillo. Yo trato de utilizar elementos dinámicos, propios del cine y la televisión, pero sin resignar pretensiones estéticas; de rescatar lo maravilloso de la basura que nos ofrecen. El escritor tiene que hacer el esfuerzo, el lector tiene que ser guiado de la mano hasta el borde del precipicio. Cualquier tema es bueno para hacer buena literatura; al fin y al cabo no son más que palabras.

¿Cuál es la próxima aventura del enmascarado?

Después de muchos años de preparación y trabajo solitario, al enmascarado le toca suavizar el corazón para recibir la respuesta del público a sus locas divagaciones. Para sentir el gusto de cada país, el color del folklore de cada lugar, el acento del mar



y las montañas, el amor y la muerte en diferentes idiomas.

En Sucre fui recibido por los quince poetas con los brazos abiertos e invitado a participar del legendario encuentro; tuve la oportunidad de conocer a poetas descomunales: a Antonio Terán, a Roberto Echazú. Vine a Oruro invitado por quien realiza esta entrevista, Benjamín Chávez, uno de los mejores exponentes de la poesía que espero para los tiempos que corren. Tendré el inmenso gusto de presentar "El enmascarado" junto con su último libro de poemas el próximo jueves, con el apoyo de la Unión Nacional de Escritores (UNPE), El Duende, Extensión Universitaria, Radio Occidental, Librería La Fuente del Saber y licorería Kahlua. Quedan todos invitados.

VIVA ZAPATA!

Tocaban el muslo de los pasajeros sentados a un lado y al otro del pasillo con la estampita de San Jorge lanceando al dragón junto con un mensaje fotocopiado:

*"Señores pasajeros disculpen la molestia
Somos 7 hermanitos No tengo papá y con lo que
Gana mi mamá no nos alcanza para comer
GRACIAS"*

Otros más adultos, sin la gracia de exhibir una pierna amputada o la vista ciega, vendían panchos y bebidas frescas para aliviar el calor. Estos dos no ofrecían nada ni mendigaban, llevaban armas y reían como borrachos. La nena vestía levita negra de residuos, suéter de arpillerita con pañuelo anudado al cuello. Su compañero, calco del chico mejicano que enseña los dientes en los afiches de ropa italiana, apuntó a la cabeza que tenía más a mano y disparó. Uno a uno terminarían por rematar a todo el mundo. Apoyaban el caño de sus revólveres de juguete en la sien de sus víctimas y les echaban en cara el tiro de gracia. Imitaciones calibre 22, gatillo y empuñaduras naranjas, esqueleto amarillo flúo y fantasías en verde y rojo. Eran comidines de baraja española brincando sobre caballos, reyes y sotas.

Los pasajeros se asomaban al pasillo, sobre los respaldos, alargaban o torcían el cuello desde su asiento para enterarse del escándalo. La mayoría aguarda a la muerte fingiendo no dar cuenta de su amenaza, con los ojos clavados en un punto fijo del horizonte, el hueco de cenizas; como mucho atinan a apartar el arma homicida pero en vano, pronto la bala de plata del enmascarado y su ayudante indio dan cuenta de los malhechores.

Una belleza, ideal para ser raptada, desvió la vista de su libro y festejó colgada de un trapeicio; respetaron su vida aunque apresuraron el ritmo de las ejecuciones. Ninguno se atrevió a desenfundar el Mogolicom para llamar a los bomberos. Algunos de los que ya estaban muertos cotorreaban indignados, apestaban. Un grupo de más adelante se protegía en torno a un abogado pronto a recibirse que sacaba a relucir las uñas, las maneras de matón a sueldo, a la vez distinguido y canyengue.

Mientras que nuestros héroes, embelesados, rodaban en un tren furioso a doscientos veinte kilómetros por hora esparciendo cadáveres a diestra y siniestras. Eran repelidos, insultados, se confabulaban en su contra.

Segaron la vida del cura y de la coja, masacraron a la gorda cargada como un racimo de hijos mientras que sus chicos respondieron con fuego cruzado ganándose una muerte heroica. Mataron despacio a los que dormían contra las ventanillas, molidos por la fábrica y las penas; a una muñequita de trenzas rubias la balearon por gusto, a otra pecosita la mató él para enamorarla haciéndose el canchero. Liquidaron policías, desvalijaron quioscos de golosinas importadas y rompieron parabrisas para afanarse la música; pusieron bombas en un par de escuelas y comieron en restaurantes a donde solamente dejaban con vida al cocinero. Derribaron el obelisco, recibieron un pase de Diego Maradona y le metieron un golazo al hombre de la bolsa, plomo al científico loco de los dibujos animados y durmieron al sereno en el jardín de la Casa Rosada.

Finalmente le dispararon a un muchacho que viajaba con la novia. Al primer contacto la víctima empujó a su verdugo contra la fila opuesta de asientos, obligándolo a soltar el arma por el impacto.

*¡Pendejo de mierda, si me llegás a tocar de nuevo te mato!
¡Mucho cuidado conmigo, te hacés el vivo y te cago a trompadas, me entendiste, te rompo la cara!*

Irreal, la nena cubrió a su compañero, plantándose frente a las cámaras, que palidecían a su alrededor

*¡Qué te pasa, tenés miedo que matemos a tu novia también?
Mirá cómo la matamos sin que puedas hacer nada.*

Los dejaron atrás: una rosa de ira roja y un lirio blanco tendido en la nieve.

El guarda que los echó al andén volvió a su puesto de trabajo con una bala de juguete incrustada en la nuca. El diario callaba sobre la masacre ocurrida en el tren de las nueve; tampoco decía nada de la muchedumbre anónima que se agita en la colmena, los músculos de Atlas.

Leo Cappucci.